

EL FIN DE LA CATEQUESIS

La causa final, decían los Escolásticos de la Edad Media, es la que mueve todas las demás. De hecho, afirma Santo Tomás de Aquino, en teología práctica, el fin es determinante: si bien es el último *in ordine executionis*, es el primero *in ordine intentionis*.

Aunque es evidente que toda verdadera catequesis comporta a la vez fines y medios, no es menos cierto que los primeros son anteriores a los segundos y que sería poco razonable pedagógicamente emplear técnicas, por perfectas que sean, sin haber establecido los fines que se quieren conseguir. Toda metodología debe estar en función del fin que pretende y referirse y acomodarse a él.

El fin de la catequesis no consiste, principalmente, en dar un resumen de ciencia teológica, sino en proclamar "la Buena Nueva", conseguir que los catequizandos, niños y adolescentes, entiendan el Mensaje, conforme su vida con él, mediante la fe viva, y se conviertan así en discípulos y testigos de Cristo.

1.º *El fin de la catequesis no consiste, principalmente, en dar un resumen de ciencia teológica*

Sin duda, la catequesis requiere cierto aspecto escolar. El catequista tiene por función transmitir con exactitud la doctrina de la Iglesia, asegurar la enseñanza moral precisa, subrayando a cada uno lo que debe hacer y evitar, enseñar el sentido exacto de los ritos litúrgicos y de los sacramentos y recordar las disposiciones que éstos exigen.

El mensaje debe ser transmitido con fórmulas claras, precisas, exactas. Como dice muy acertadamente el canónigo Colomb, «se requiere instrucción homogénea y de gran precisión teológica, distinguiendo lo cierto de lo incierto, lo esencial de lo accesorio. El respeto de la palabra de Dios pide que no presentemos como pensamien-

tos divinos nuestras propias interpretaciones humanas». Hay que enseñar, porque sólo se vivirá la fe cuando esté sustancialmente alimentada. La fe precisa de la claridad doctrinal que aporta luz al conocimiento de los elementos fundamentales. La fe debe explanarse en extensión, dando a conocer las verdades no transmitidas aún; y en intensidad, permitiendo a los niños y adolescentes penetrar más profundamente en las razones que la fundamentan, sometiendo cada vez más su voluntad a las exigencias de aquélla. Sin embargo de esto, una vez afirmada la necesidad de esta ciencia teológica, hay que reconocer que éste no es el fin principal de la catequesis, pues hay que distinguir entre:

conocimiento sobre Dios	y conocimiento de Dios.
asimilación intelectual	y asimilación vital,
doctrina	y mensaje,
adhesión a la noción	y adhesión real,
fe de principios	y fe concreta,
fe, simple saber, conocimiento	y fe como camino de salvación.
de las cosas de la fe	

Para el *conocimiento sobre Dios*, bastan el estudio y la reflexión mediante el encadenamiento de conceptos. El *conocimiento de Dios* supone un contacto real con El, como lo atestigua la Biblia (Os 2, 22; I Jo 2, 3; 3, 10 y 23; 4, 13; 5, 1s.).

No se trata únicamente de una *asimilación intelectual*, como para las ramas profanas, sino de *asimilación vital*. La esencia de lo que hay que transmitir no es un simple conocimiento, el cual no tendría otra vida que la del espíritu que lo piensa. Sino de una vida, vida que se expresa mediante fórmulas, pero que, animando a éstas, las desborda y existe, aunque nadie las repita. Por otra parte, estos dos aspectos de la asimilación no son antitéticos, sino complementarios.

Los misterios del cristianismo no deben ser presentados sólo como una *doctrina*, esto es, como análisis de una verdad en relación consigo misma, desenvolvimiento de una verdad en sus componentes. Porque se puede *conocer* la verdad y no *estar* en ella. Los humanistas ateos admiten gustosos que la juventud estudiantil tiene cierto conocimiento objetivo del cristianismo, al modo como son iniciados en las leyendas de la mitología griega. En esta concepción de mero saber, los niños no se encuentran en un medio ambiente de receptividad. Los misterios del cristianismo deben ser presentados como un *mensaje*, realidad más desbordante que la asociación de ideas de or-

den didáctico. Se trata, sobre todo, en el mensaje de un tema que se dirige a la voluntad y al corazón tanto como a la inteligencia, y al cual hay que responder.

Es algo distinto de *la adhesión a una noción*, es más que simple profesión de enunciados del catecismo —si bien esto está incluido—, es *adhesión real* que sitúa en una disposición próxima a la acción cristiana.

No solamente *fe de principio*, sino también *fe real*, fe bíblica en el Dios vivo, fe que abre el alma a Dios para que El gobierne nuestra vida, para que viva su misterio en nosotros.

No se trata de la *fe como mero saber*, almacenando en un rincón del cerebro verdades religiosas, simples conocimientos de cosas de la fe en sí misma, sino de la «*fe considerada como camino de salvación*, como realidad sobrenatural, actuando soberanamente, como base de toda justificación» (Franz Arnold, *Lumen Vitae*, XI, 4, p. 618).

2.º *El fin de la catequesis es «... proclamar la Buena Nueva».*

Proclamar, pues, antes que mero enseñar, es transmitir. Se trata de decirla paladinamente y sin rebozo. En suma, se trata de arrastrar o dirigir al ritmo de su propia vida, de realizar el papel de heraldo, de capitán de fila, de primero del palenque; de ser, al transmitir el mensaje, una revelación de los dones de Dios, quien va a despertar la fe, se trata de ser amigo del Señor, en forma tal, que se refleje poco a poco la imagen divina.

¡Proclamar la *Buena Nueva!*: necesidad urgente que consiste en restituir a la catequesis, como también a la predicación, la nota de alegría propia del mensaje evangélico. El catequista debe hacer tangible la buena nueva, la religión de la dicha, al través de las fórmulas dogmáticas, de los mandamientos morales y de los símbolos litúrgicos. La Buena Nueva del Reino de Dios, que es nuestra salvación y que está en Cristo, encarnado en medio de nosotros (Mc 1, 15; Mt 24, 14; Apoc 21, 3); la buena nueva del banquete de bodas, que ya está preparado, y al que todos estamos convidados (Mt 22, 2); la buena nueva del Padre que desea volver a abrazar al hijo pródigo y retenerlo para siempre en la casa paterna. En el hijo pródigo, la esperanza del regreso se une a la fatiga del camino; ahora ha vuelto las espaldas a lo que le pareció el sabor de la vida, ha abierto los ojos, ha desterrado las ilusiones, y extiende de nuevo los brazos hacia

otro tesoro, el de la Buena Nueva, desconocido por él al principio (Lc 15, 12-32).

Debe presentarse el mensaje de Cristo como algo amable que atrae y cautiva nuestro corazón. La catequesis ha de crear la conciencia de que se pertenece a una Iglesia que cree, a una comunidad dinámica, al pueblo de Dios que avanza hacia su último fin.

El mensaje proclamado por la Iglesia es escatológico, y hay que señalar que la escatología del reino de Dios ha comenzado ya. El conocimiento de lo que Dios nos ha preparado, y que ha realizado por nosotros en Cristo, debe provocar en los catequizandos la admiración y el reconocimiento por este don precioso, por esta verdad de salvación que es la respuesta a los más poderosos negocios de la vida, la resolución de las dudas y el cumplimiento de los deseos más vivos. En efecto, se trata de la buena nueva de la religión, de la verdadera felicidad que ha de durar siempre: felicidad personal que el mundo no puede dar totalmente; dicha familiar: la religión es necesaria para conservar la familia. Los misioneros de China dicen que se reconocía en la calle a los cristianos por su actitud alegre: «Aquél está alegre; es un cristiano; tiene paz y seguridad.» ¡Buena Nueva!, pues en el cristianismo está la eterna juventud, la primavera eterna: «Desde la mañana, hemos sido colmados de tu misericordia. Llenos de gozo, vibramos de alegría.» Buena Nueva para cada uno en particular. Para todos es la palabra a Angela de Foligno, que oye la voz del Señor, eco de toda la Biblia: «Por algo te he amado.» Cada individuo tiene escrito su nombre en el cielo, y para cada uno han sido vertidas, como dice Pascal, «tales gotas de sangre». Y Dios no nos ha amado una sola vez, nos ama en cada segundo que respiramos.

Aun las verdades reputadas a menudo como duras, han de ser presentadas por el catequista con la señal de la Buena Nueva. La *penitencia*, como el regreso, lleno de alegría, hacia Aquel que afirma: «Os purificaré de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne..., seréis mi pueblo, y Yo seré vuestro Dios» (Ezq 36, 25-28). Los profetas de la Alianza, en diversas formas, han usado el mismo lenguaje, comparando a Dios con un Padre o con un Esposo. Los *votos de religión* son lazos, pero para liberación, para franqueamiento. Son lazos que desligan, cadenas que liberan. La *obediencia* debe presentarse de forma que pierda ese carácter demasiado servil para aparecer como sumisión filial, amorosa, alegre. Es menester, finalmente,

mostrar la belleza y atracción de todo el mensaje de la *Buena Nueva*, belleza que aquí es resplandor de la verdad.

3.º *El fin de la catequesis... debe conseguir que los catequizados entiendan el mensaje y conformen su vida con él, mediante la fe viva, y se conviertan en discípulos y testigos de Cristo*

Hay un abismo entre el conocimiento perfecto del texto del catecismo y la fe viva. No se debe confundir fe viva con ortodoxia. Se trata de interiorizar, poner la fe en ejercicio. Lo dijo S. Pablo y lo repitió el poeta: «La fe sin las obras está muerta», «La fe que no obra, ¿es fe sincera?» Y quien dice fe, dice todo el movimiento teológico: las virtudes teologales están unidas, animando el conjunto de las virtudes morales: es cierto que no se puede vivir con auténtica fe sin estar ardientemente deseoso de justicia y de caridad. Sin duda, la fe exige la enseñanza: *fides ex auditu*, dice S. Pablo, pero sólo en vista de la fe vital y concreta. Por otra parte, enseñar, en riguroso sentido bíblico, no significa «hacer discípulos». La meta final de la catequesis es esa vida nueva, la *conversión* en el sentido del vocablo griego *metanoia*: cambio de vida, esto es, caer en la cuenta de los misterios de Dios, y de las exigencias del Señor respecto de nosotros en razón de estos misterios. Así entendida, la conversión cristiana debe ser comenzada de nuevo continuamente. «Los santos están tentados, casi en cada momento de su vida, de dejar de ser santos», dijo el recientemente convertido Karl Stern.

La catequesis auténtica no busca forjar santos, sino creyentes; intenta llevar al niño y al adolescente hacia el recibimiento de una persona, Nuestro Señor Jesucristo, a dar un sí sincero y ferviente a su mensaje; a convertirse, en el sentido antedicho, a su Palabra y alistarse en su Iglesia. Se trata de llevarlos a vivir una vida nueva, vivir la fe que va hasta las últimas consecuencias de la práctica cotidiana y concreta, hacerles vivir en el mundo de hoy y de mañana, no tras nuestros muros comodones y quizá nuestros recelos sociales, como algunos podrían pensar, sino tal cual es y como se anuncia.

«Mis palabras son espíritu y vida», ha dicho Jesucristo, y la Iglesia hace decir al bautizado, por medio del ministro: «Recibe la señal de la cruz sobre tu frente y en tu corazón; acoge la fe y sus divinas enseñanzas y vive de tal forma que te conviertas en templo del Espíritu Santo.» San Agustín, dirigiéndose al catequista, habla lo mismo en su *De Catechizandis rudibus*: «Háblales, para que, oyendo,

crean; para que, creyendo, esperen; para que, esperando, amen.» «Estar en la verdad, pensar como se vive y hablar como se piensa», insiste Ernest Hello, y S. S. Pío XII da esta consigna en su discurso sobre la enseñanza religiosa: «Que entiendan bien, que crean firmemente, que practiquen íntegramente» (*Observatore Romano*, 9 de octubre de 1953).

Toda verdad enseñada tiene su reverso práctico, y la catequesis ha de poner cuidado en esta prolongación, reverso vital del Credo. Debe hacer que aparezcan en las lecciones de catecismo las proyecciones morales, provocar en los niños, a propósito de las ideas religiosas, los correspondientes sentimientos y los actos que se desean conseguir. El estudio de la verdad debe, pues, constituirse en principio de vida y de amor. Se trata, para el catequizando, de comprometerse personalmente en la historia de la salvación que acaba de ser revelada en la lección y entrar vitalmente en el misterio invocado. En el catecismo, los niños son menos alumnos que aprendices cristianos. Su alma no es únicamente un vaso que se llena, sino un hogar que se enciende; no es tanto una página en blanco sobre la cual se escriben textos religiosos, cuanto un conjunto de disposiciones, gérmenes, tendencias en las que se favorece la expansión del alma hacia la fe viva, hacia la unión con Jesucristo.

En definitiva, la formación cristiana a la que se orienta el catecismo es la información del alma por Cristo. La formación de los niños será tanto más cristiana cuanto más se les ponga en contacto con Jesús. Como dice Mlle. Derkenne, «los niños entienden fácilmente que la verdad es El, Persona viva, y no la letra muerta de su difícil librito». El fin espléndido que todo catequista, digno de ese nombre, ha de mirar es dar a Jesucristo vivo a las almas de los niños. «Este espíritu de Jesucristo —dice San Juan Bautista de la Salle— es el que ha de animar todas nuestras acciones y hacerlas santas y agradables a Dios...; los maestros y maestras encargados de la educación de los niños deben poner en esto particular atención» (Prefacio de las *Règles de la Bien-séance et de la civilité chrétienne*).

La oración del himno «Jesu Redemptor omnium» resume en forma de plegaria el fin total de la catequesis: «Dios omnipotente, concede a cuantos hemos sido inundados por la nueva luz de tu Verbo encarnado que resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestra mente.»

Lovaina, 11 de agosto de 1960.

FR. MARIE, F.S.C.
Inspector. — Bélgica